

CAPÍTULO 28

“YO SOBREVIVÍ AL TERREMOTO DE ARMENIA”

Publicado en el periódico Utópicos, edición de marzo de 2014, pág. 14

Lilian Escobar

Universidad Santiago de Cali, Colombia

Estefanía García

Universidad Santiago de Cali, Colombia

25 de enero de 1999. Un día soleado en la ciudad de Armenia; para la mayoría de sus habitantes era un lunes como cualquier otro, en el que trabajo y rutina estarían presentes. Era la 1:19 de la tarde y la mayoría se encontraba terminando de almorzar, cuando un movimiento telúrico, con magnitud 6.2 en la escala de Richter y profundidad de 10 kilómetros, sacudió al Eje Cafetero, Tolima y Valle del Cauca, en un área estimada de 1.360 kilómetros cuadrados.

El terremoto acabó con gran parte de Armenia; el centro y el sur fueron barridos por completo, una nube de polvo cubría el paisaje verde de la capital de Quindío, dejando un saldo de mil personas muertas en el primer temblor y otras más en la réplica de la tarde. La pérdida de importantes

Cómo citar este capítulo:

Escobar, L. y García, E. (2020). “Yo sobreviví al terremoto de Armenia”. En: Behar Leiser, O. y Castillo Muñoz, L. J. (comp.). *Utópicos. Una nueva era para los géneros periodísticos*. (pp. 165-168). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

estructuras públicas, como las instalaciones de la Policía, la estación de Bomberos, Medicina legal y la Defensa Civil, retrasaron las labores de rescate, agravando la catástrofe.

El comienzo de una tragedia

Mi madre, Sandra Ospina, era entonces una mujer de treinta y dos años con dos hijos, Juan David de 4, y yo (Estefanía), que para esa época tenía 8. Eran las 7 de la mañana de aquel día de enero; desayunamos apurados y nos despedimos; como todos los días, mi madre se dirigió a trabajar al norte de ciudad donde era administradora de un establecimiento de un reconocido dermatólogo. A mediodía salió de allí, sin saber qué rumbo coger, la decisión era entre dirigirse a Bienestar Familiar para entregar unos documentos, o a casa. Su instinto maternal le indicó que lo mejor era compartir el almuerzo con nosotros; una sensación extraña y algo de preocupación la motivaron a pasar primero por el apartamento.

“La mesa está servida, doña Sandra”, fueron las palabras de Liliana, quien en ese entonces trabajaba con nosotros como empleada del servicio. Nos sentamos los tres y todo transcurría como habitualmente. “Niños: el que termine primero se acuesta conmigo”, dijo mi madre. Yo siempre me he caracterizado por la pereza a la hora de comer, pero quise apurarme, para disfrutar ese ratito de la siesta con mi mamá. Segundos después, la tranquilidad desaparecería para dar paso al horror de una tragedia.

Mi hermano y yo llegamos corriendo a la cama; como buena familia colombiana, no podíamos dejar de ver el programa del momento, Padres e Hijos. Estábamos acostados y de un momento a otro se abrieron las puertas de clóset, las paredes crujieron y las ventanas temblaron. “Hijos, corran; Estefanía, coge lo que más puedas”, me gritó mi madre y en la confusión del momento por unos segundos me detuve a ver cómo todos los objetos empezaban a caer, porcelanas, libros y cuadros encontraban su lugar en el piso, mi hermanito no entendía el porqué de tanta agitación. En la sala, mi madre vio como Liliana intentaba abrir la puerta, pero el movimiento la había desencajado y bloqueado.

“Usted para dónde va, ayúdeme con los niños, no los deje solos”, le gritó. La angustia era cada vez más grande, los tanques de reserva se encontraban en el techo y el terremoto hizo que se derramara toda el agua contenida, inundando los apartamentos.

-Mami, ¿el agua nos va a tapar? –pregunté.

-No te preocupes, mi amor. Dios nos va a ayudar; ten a Juan David y no lo sueltes por nada del mundo.

Mi madre se asomó a la ventana y vio que dos pisos abajo, las paredes se iban cayendo, los objetos personales de los vecinos se hacían cada vez más visibles; “Dios mío ayúdanos, no permitas que se nos caiga esto encima”, repetía incesantemente.

Doble dolor

Cuando todo pasó y la adrenalina bajó de nuestro cuerpo, pudimos entender qué había ocurrido; un dolor intenso en mi brazo derecho me impedía moverlo; un pedazo de pared, que por pocos centímetros no me cayó encima, me había dislocado el brazo.

“Mami, me duele mucho, llévame a la clínica”.

Al llegar allá, sentí cómo sus manos me cubrían los ojos –mi amor no mires- personas sin brazos, codos al aire, entre otras heridas, invadían el suelo de Urgencias; huimos de allí y caminamos desde el norte al centro, para ir a la casa de mis abuelos, ubicada en una de las zonas más afectadas; yo llevaba una caja de cartón haciendo las veces de yeso.

Pudimos ver la magnitud de la tragedia. Edificios y casas en el piso, el dolor de las personas y el desconsuelo en sus miradas eran cada vez más notables. Mi hermano y yo apretábamos las manos de mi madre sin entender bien lo que pasaba, fueron dos horas hasta el barrio San José; una fuerte lluvia que duró cinco horas hacía más aterrador el panorama. Eran casi las seis de la tarde, ya habían prendido fogatas en las calles y con los vecinos, que por fortuna estaban bien, nos reunimos para hablar sobre lo ocurrido, cuando otro fuerte temblor nos sacudió. Las edificaciones que con el primer movimiento habían quedado averiadas se vinieron a pique y una segunda nube de polvo cubrió la ciudad.

Todos lloraban y el desconsuelo volvió a sus caras, ¡cómo era posible una doble catástrofe!, se duplicaron las víctimas y el hedor a muerte cogió fuerza; ahora sí presenciábamos de cerca el horror. En la noche, el desespero de la gente se hizo presente, aqueos a supermercados, tiendas y almacenes de ropa, balaceras y pánico; pero así como abundaba el mal, estaba presente el bien; varios repartían lo poco que les quedaba con quienes lo habían perdido todo.

Entrada la medianoche, lo único que pudimos hacer fue tratar de descansar para darle la bienvenida al martes más oscuro de la Ciudad Milagro.

Desde la inesperada catástrofe, la capital del Quindío siempre tuvo ayudas por parte del gobierno. El presidente Andrés Pastrana, en medio del siniestro llegó en un helicóptero con los altos funcionarios del país, para supervisar los daños, con el fin de apoyar a las víctimas e iniciar el proceso de reconstrucción.

También, organizaciones privadas hicieron sus aportes, forjando labor social para el resurgir de las principales estructuras: colegios, la Policía, la estación de Bomberos, la oficina de Medicina legal y la Defensa Civil.

Quince años después de la tragedia, Armenia ha logrado reconstrucción y desarrollo, tanto en la infraestructura como en el civismo de sus habitantes. Hoy hay una nueva oportunidad de vivir

para los pujantes habitantes de Armenia, quienes desde el primer momento se llenaron de energía después de perderlo todo y participaron de la reconstrucción. En la actualidad, pocas cosas recuerdan el fatal día; en cambio, la armonía y la esperanza que nunca se agotaron renacen como un milagro, logrando demostrar que Armenia es un maravilloso lugar para recibir a cualquier visitante.